

Vida y obra del Dr .Francisco Antonio Zea

Discurso pronunciado por el doctor Luis Augusto Cuervo junto a la estatua del prócer.

Señor Presidente, señores congresistas, señores :

La prueba de confianza que me dio la Academia Colombiana de Historia acogiéndome para formar parte de su representación ante el congreso nacional reunido actualmente en esta ciudad de Medellín, se acrecienta si posible fuera con vocería similar del Centro de Historia del Norte de Santander y la gentileza del señor presidente de nuestra labor me trae aquí, frente al mármol magnífico, a honrar en nombre del pueblo que lleva el apelativo del hombre de las leyes, la memoria de don Francisco Antonio Zea. Bien está que así se cumpla, ya que Santander y Zea están unidos en los anales de la patria a más de sus comunes glorias y percances, por el lazo suavísimo de un afecto que nació en lo más hondo del alma, que fue noble ilusión de amor para confundir y prosperar la sangre del hijo del Rosario de Cúcuta en la mujer de rancia estirpe antioqueña que fue hija del estadista oriundo de Medellín. Fue un idilio que alimentó el orgulloso anhelo del padre, que tuvo la breve fulguración de un meteoro y que se extinguió en el discreto silencio de los procederes del más ilustre de los granadinos. Pasó la ráfaga, se apagó aquel fuego que quiso encenderse en el pecho de una mujer hija de Zea, que estuvo por mandatos del afecto y conveniencias de la política muy cerca del corazón

del general Santander, cuando era vicepresidente de Colombia la grande.

“La república de Colombia queda constituida” dijo Zea en 1819 en el congreso de Angostura, frente a las turbias aguas del Orinoco, que llevaron la buena nueva a los campos de la lucha emancipadora. Era el antioqueño quien así hablaba, creador de riqueza material o espiritual, en este caso del más bello dón de la libertad, en los altares de la maternidad incipiente. Quedó proclamada la patria, en forma magnífica, y ahora cuando ella está firme en su unidad histórica y en su progreso incontenible, podemos ofrendar a los manes de Zea la verdad más que centenaria de nuestra constitución como nación libre y soberana. Antioquia por conducto de su más autorizado representante en aquella asamblea de visionarios proféticos rubricó con la elocuencia de su hijo la partida de bautismo de la república y consecuenzialmente la extinción del dominio español en el gobierno de las colonias.

“La República de Colombia está constituida” dice nuestro patriotismo como eco nunca extinguido del grito de Zea en 1819 y a la realidad llega la afirmación de nuestro avance histórico en la vida política y social, en el desarrollo del espíritu y en la estructura de la nacionalidad, que si a veces sufre la prueba del fuego de faltas comunes, es sólo para purificarse en el presente y engrandecerla en lo futuro.

Zea como político y estadista, fue un grande hombre: como diplomático, fue apenas un hombre. Sus negociaciones en Europa le merecieron sanciones del congreso y de Santander, y aun del mismo Libertador y sus errores de inmediato optimismo hasta hace pocos años los pagó el país para cancelar deudas de la independendencia. Es que Zea lo miraba todo por lo alto, se había formado una tan inmensa con-

cepción de Colombia, que todo lo consideraba pequeño para mostrar allende el mar cuánto valían en su concepto, el suelo en que principiaba a germinar la simiente revolucionaria y las gentes que ya llevaban en recónditos anhelos ideales de libertad perdurable. Sin embargo, en el aspecto estrictamente humano, quizás el vicepresidente de la Gran Colombia pesa más que en las expresiones de la actuación ultraterrena. Su amor a la patria lo hizo concebirla ya fuerte y potente y para ensalzar su gloria, tuvo en el espíritu voces que aún perduran y ademanes de tribuna que todavía nos guían, y en la realidad un culto a ella que le agobió en la admiración sin límites. Se dijo entonces en Europa, que Zea había envuelto a Colombia entera en un manto de oro, y si él fue costoso, cierto también que nos colocó en el sitio preciso para obtener el triunfo financiero y económico de la revolución. Hoy, los conterráneos del prócer ofrecen a la república un nuevo manto de oro purísimo como que es esencia y ambiente, perfume y gracia, áureo metal de la entraña terrígena y aliento generoso de las más preclaras virtudes, que nos envuelve a todos en un común anhelo de bienestar y de progreso. Zea es un monumento estelar de la república y Antioquia es viva luz en los caminos del futuro. El pasado glorioso está en este mármol, en torno al cual bulle ferviente el patriotismo nacional para recordarnos que el suelo antioqueño un día ya lejano y por labios de uno de sus mejores hijos, proclamó el nacimiento de Colombia, así como ahora ese mismo suelo es el auténtico manto de oro que envuelve todas sus glorias para hacerlas perennes y magníficas. No quedan aquí, al pie del monumento, las flores de la recordación efímera; dejamos, sí, como símbolo más duradero, el recuerdo de esta visita del Congreso Nacional de Historia a la efigie marmórea de quien en el silencio de este sitio aparentemente

olvidado aún, sueña con una patria inmensamente grande y poderosa. Bello sueño que todos, en la medida de nuestras fuerzas, algún día estamos obligados a convertir en realidad.

Pasado el acto anterior, los congresistas se trasladaron al Club Campestre donde el señor Alcalde Mayor, ofreció un espléndido almuerzo en obsequio a los concurrentes. Asistieron a este banquete, además de los congresistas, el señor Gobernador y sus Secretarios; los Secretarios del Gobierno Municipal. Habló en nombre del obsequiante el Secretario de Gobierno, don Aquileo Calle H. y le contestó el Presidente del Congreso.

